

GUIDO DONOSO

EL TEMA DE LA PAZ Y LA
GUERRA EN LA OBRA DE
ERASMO

GRANDE y variada es la gama de problemas a los cuales dedicó Erasmo su fecunda actividad literaria. Entre ellos destaca con singular relieve el tema de la guerra, problema candente y de dramática vigencia en la época del gran humanista holandés.

Sabido es que Erasmo vive en uno de los períodos más caóticos de la historia de Occidente. Es el momento histórico que se inicia con las guerras de Italia —campo de batalla donde midieron sus fuerzas Francia y España— continuadas inmediatamente por las luchas entre el reino de Francia y Carlos v, la conflagración de la Reforma protestante en Alemania, con su cima en el paroxismo de la insurrección de los campesinos y, por sobre todo esto, la amenaza mortal de la intrusión osmanlí en las llanuras danubianas.

Sin embargo, con ser poderoso y decisivo el impacto de la guerra, no fue el único aspecto en que se expresó el caos europeo de los siglos xv y xvi. Junto a ella es preciso colocar: la decadencia de la Iglesia, el cisma de la cristiandad occidental, el nacionalismo agresivo y la infinita desesperación y miseria de los estratos inferiores de la sociedad, por efecto del auge del capitalismo naciente y la “revolución de los precios”, motivada por la afluencia del oro y plata americanos. Tal es el momento de crisis en el cual se encontró inmerso el pensamiento de Erasmo.

Su análisis del fenómeno de la guerra —que es el que nos interesa en este ensayo— no carece de interés y originalidad.

Veámoslo a grandes rasgos.

Ante todo, el problema de las causas del belicismo. Para Erasmo, la verdadera causa de la guerra es el asalto de las pasiones humanas.

“El hombre lucha consigo mismo. La razón lucha con las pasio-

nes, y una pasión tiene conflictos con otra, cuando hacia un lado empuja la piedad y hacia otro impele la concupiscencia”¹.

En esta tensión perpetua, el hombre pierde la serenidad, la rectitud de juicio y el sentido de los valores cristianos. Esta guerra interior trasciende el individuo, se extiende sobre el Estado y arrastra a las naciones en la vorágine del belicismo. Las pasiones de los príncipes son, en particular, funestas, pues ellos se identifican con el Estado y su acción es la acción del Estado. El acendrado afán de gloria de los príncipes, su ambición y avidez desenfrenada, su inescrupulosidad y falta de sentido ético en las relaciones internacionales, constituyen fuente permanente de discordia, rivalidad y copiosos males. En las cortes principescas —dice Erasmo—, “están las fuentes y los semilleros de la guerra”, con lo que quiere destacar la maquiavélica política practicada por los soberanos grandes y pequeños de la época, y la pasión de la gloria —particularmente la gloria guerrera— que embriaga a los príncipes del Renacimiento.

Productos de una época que tendió a la exaltación del individuo, de una época que rindió culto a la “virtù”, es decir a la fuerza y la energía, dichos monarcas se veían arrastrados por su desatada voluntad de poderío, a la consecución de empresas temerarias. Aman los bienes terrenales, desdeñan todo sentido trascendente al vivir humano, y viven dionisiaca y peligrosamente. Frente a ellos dibuja Erasmo la imagen del verdadero príncipe, del príncipe cristiano, de aquel que subordina su acción a los imperativos de la ética y del derecho. “Ambicione el buen príncipe la gloria sin sangre y sin ajeno daño —dice. En la guerra, mientras siga su curso normal, la buena ventura de un bando supone la desgracia y perdición del otro. Y, con frecuencia, el vencedor llora la demasía del precio con que compró la victoria”².

¡Qué lejos estamos del príncipe maquiavélico, que sólo se guía por la “razón de Estado”, y para quien resulta esencial e ineludible el estudio del arte de la guerra!

Erasmo, humanista y cristiano, condena el crimen de la guerra.

Con palabras transidas de emoción —palabras que traslucen un alma generosa, que siente como propios los sufrimientos de los demás— exhibe ante nosotros el siniestro rostro de la guerra, los infinitos males que provoca, la ruina y destrucción, la relajación y envi-

¹Erasmo, *Querrela de la Paz*, Obras Escogidas. Aguilar. Madrid 1956, pág. 972.

²Erasmo, *Educación del Príncipe Cristiano*, ed. cit., p. 344.

lecimiento moral. Sus palabras adquieren, en ocasiones, la dramaticidad estremecedora de las visiones del profeta de Patmos.

“Ojalá la voz del Señor corte las llamas de fuego, en que, desde tantos años y en cualquiera parte, arde el mundo cristiano, de rivalidades, de odios, de ambición, de avaricia, concupiscencias que nos arrastran hacia las cosas de este mundo. La conflagración cundió y se apoderó de todo el linaje de los mortales; impera doquier el triunfo del incendio. Sólo la voz del Señor puede cortarlo . . .”³. Esta visión de llamas y de fuego recuerda algunas obras de Bruegel (“Dulle Griet”, de Amberes, “El triunfo de la Muerte”, Madrid). Bruegel elaboró su obra algunos años después de la muerte del gran humanista, y en las pinturas citadas alcanza el mismo sentido apocalíptico que caracteriza el aludido párrafo de Erasmo.

Abocado al problema de analizar la guerra, la estudia Erasmo desde el triple punto de vista de la naturaleza, la razón y la religión. La naturaleza por doquier exhibe ante nosotros el orden y la armonía más impresionantes. La propia naturaleza humana requiere ineludiblemente de la paz. El hombre es un ser tan limitado y débil, que no podría subsistir sin la colaboración y solidaridad de los demás. La razón, a su vez, nos lleva a las mismas conclusiones. “¿Quién iba a creer —dice Erasmo— que estuvieran dotados de humana mente esos individuos que, con disensiones continuas, con pleitos, con las armas en las manos, entre sí se pelean, riñen y alborotan? En fin de cuentas, lo revuelven y lo confunden todo, lo sagrado y lo profano, con rapiñas, con sangre, con matanzas, con ruinas”⁴.

La religión, finalmente, debiera convencer al hombre de la necesidad de la paz. ¿Qué otra cosa es en su esencia el cristianismo, sino un credo de paz? No obstante —observa Erasmo con amargura— la paz está proscrita en el mundo cristiano. Tiende su vista por doquier, por las ciudades, los palacios, los círculos intelectuales, el clero, y sólo ve en ellos enemistad y discordia. El hombre mismo —sujeto de irrefrenables pasiones— es en sí mismo un micro campo de batalla.

¡Con qué palabras tan llenas de emoción clama Erasmo por la concordia entre los hombres de Occidente, miembros todos de una comunidad que es el mundo cristiano! “Dime: llegado ya Cristo a la edad adulta ¿qué otra cosa enseñó, qué otra doctrina profesó, sino la disciplina de la paz?”. Y agrega refiriéndose a Cristo: “Amaos —di-

³Erasmo, *Consulta sobre la declaración de guerra al Turco*, ed. cit., p. 1.000.

⁴Erasmo, *Querrela de la Paz*, ed. cit., p. 969.

jo— los unos a los otros como yo os he amado. Mi paz os doy, mi paz os dejo”.

“¿Oisteis —dice Erasmo— lo que deja a los suyos? ¿Les deja caballería? ¿Les deja escolta? ¿Les deja gobierno? ¿Les deja riquezas? Nada de todo esto. En conclusión, ¿qué les deja? Les da paz, les deja paz, paz con los amigos, paz con los enemigos”⁵.

“¿Qué absurdo no es que estén casi en guerra continua quienes tienen una casa única, que es la Iglesia, que siendo miembros de un mismo cuerpo se precian de una cabeza común, que es Cristo; y en los cielos tienen un Padre común y alientan y vegetan en un Espíritu común, y están iniciados en idénticos misterios, y redimidos por una misma Sangre...?”⁶.

Así desde el triple punto de vista de la naturaleza, de la razón y de la religión, la paz se impone. Sin embargo, la realidad es muy distinta. Los príncipes, hinchados por el afán de gloria y de conquista, han convertido Europa en un maremágnum. Los príncipes consideran que serán más potentes si acrecientan sus dominios con adquisiciones territoriales. Nada más alejado de la fraternidad cristiana y de la realidad política, sostiene Erasmo. El soberano que adquiera otro Estado, no podrá mantenerse en él, por las resistencias que su condición de extranjero le va a suscitar. Por eso se atreve a decirle a Carlos v: “Te sería más necesario trabajar por deshacerte de algunas partes de tu imperio que adquirir otras nuevas”. Y enfáticamente reitera que la grandeza de un príncipe no se mide por la extensión de su reino, sino por la prosperidad del Estado. “Considérese a sí mismo —dice— grande el rey que gobierna a los mejores; considérese feliz si hace felices a los suyos; considérese elevado si manda en quienes gozan de la más amplia y bien entendida libertad; considérese rico si es rico su pueblo; considérese floreciente si las ciudades de su señoría florecen en no rompida paz”⁷.

Coetáneamente Maquiavelo escribía —con la frialdad científica que es su característica más notoria— que, tratándose del bien de la patria (punto sobre el cual decide a su arbitrio la autoridad suprema del Estado) “no cabe detenerse por consideraciones de justicia o de injusticia, de humanidad o de crueldad, de gloria o de ignomina”⁸. Escribía, igualmente, que el afán de expansión es consubstancial con

⁵Erasmo, *Querella de la Paz*, ed. cit., p. 974.

⁶Erasmo, *La guerra es grata a los inexpertos*, ed. cit., p. 1043.

⁷Erasmo, *Querella de la Paz*, ed. cit., p. 984.

⁸Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de T. Livia*, 1.111, cap. xli.

la condición de pueblo libre⁹ y que la organización del Estado orientada hacia la guerra, puede ser muy útil para evitar uno de los grandes males de la república: la ambición y envidia de sus grandes hombres¹⁰ (Mesnard: "L'essor de la philosophie politique au xvi siècle") refiriéndose a los primeros capítulos del "Príncipe" (capítulos III, V, VI y VII) llega a decir que ellos representan una verdadera "teoría de la anexión".

Abocado Erasmo a analizar las razones invocadas para la guerra, las encuentra decididamente absurdas. "Nuestra cara se arrebola de vergüenza al considerar por cuán inconfesables y frívolas causas los príncipes cristianos ponen bajo las armas el orbe todo. A este fin halla o se inventa algún título caducado y rancio que justifique la monstruosidad, como si tuviese mucha importancia la persona que administra el reino siempre que el interés público esté debidamente servido. El uno da por excusa la infracción o la omisión de no se qué párrafo en un convenio de cien capítulos. El otro se enojó por una presunta ofensa privada, por una boda que se le estropeó o por un donaire que le picó"¹¹. El último de los aspectos señalados por Erasmo, es decir, los matrimonios reales, provocaban entonces conflictos frecuentes entre las naciones europeas. Dichos matrimonios, realizados en virtud de la "razón de Estado", y que sólo perseguían alianzas militares o inconfesadas ambiciones territoriales, llevando implícita la mala fe de las partes, proporcionaban después a los príncipes una muy precaria base para reivindicar tronos vacantes y desencadenar en esta forma guerras interminables. Así, con mucha clarividencia, intuyó Erasmo un fenómeno que, en el curso de la edad moderna iba a alcanzar extraordinario desarrollo: el derecho dinástico, en virtud del cual los problemas derivados de los matrimonios principescos, fueron preocupación constante y viva de las cancillerías europeas, y la vacancia de los tronos, motivo de guerras devastadoras (guerra de sucesión de España, p. ej.).

Los motivos invocados por los soberanos para desencadenar la guerra no son justos, según Erasmo; sus fundamentos jurídicos, en la mayoría de los casos, resultan en extremo deleznable e inconsistentes. Otros llegan a ser decididamente maquiavélicos. "Hay príncipes que excitan a la guerra, sin otro fin que el de ejercer más libremente su autoridad. Pues en época de paz la autoridad del Senado,

⁹Maquiavelo, *Discursos sobre la primera década de T. Livio*, I. 19, cap. XXIX.

¹⁰Maquiavelo, *Discursos...*, lib. III cap. XVI.

¹¹Erasmo, *Querrela de la Paz*, ed. cit., p. 979.

la dignidad de los magistrados, el vigor de las leyes, obstaculizan algo porque le sea lícito al príncipe todo lo que le da la real gana. Comenzada la guerra todos los poderes van a manos de unos pocos"¹². Perspicaz es en este sentido la reflexión de Erasmo. Perspicaz y exacta, como podemos observarlo en Estados de nuestra época, cuyos dirigentes recurren al expediente de crear un clima bélico con el exclusivo afán de incrementar su autoridad, o —podríamos agregar por nuestra cuenta— apartar al pueblo de la consideración de graves problemas internos. Raymond Ruyer ha podido expresar al respecto: "De "grands politiques" peuvent même..., en jouer sciemment soit pour maintenir l'activité de l'industrie des armements, soit en vue des facilités que donne, pour le maintien de l'ordre intérieur, un ennemi extérieur"¹³.

A veces —a juicio de Erasmo— la hipocresía va más lejos: bajo apariencias de rivalidades, los príncipes antagonistas firman acuerdos secretos para debilitar por medio de la guerra a sus respectivos súbditos y así despojarlos mejor aprovechando las hostilidades. O recurren al expediente de propiciar una aventura bélica para expoliar mejor a su pueblo. "Insinué los rumores que corren de guerra turca, para con ese pretexto despojar al pueblo cristiano; para que de todas partes, apretado y quebrantado, soporte con servilismo mayor la tiranía de todo linaje de príncipes"¹⁴.

Un príncipe así —manifiesta Erasmo— sobrepasa en crueldad a las bestias más feroces. Sólo el águila puede compararse con él; con este "rey devorador de su pueblo". Contribuye a hacer más trágica esta situación, la apatía e indiferencia del pueblo, que se resigna a todas las calamidades y a los abusos y arbitrariedades de los soberanos. Que el pueblo en situación de extremo sufrimiento, abandona su apatía y estalla en un paroxismo homicida y destructor, tuvo oportunidad de comprobarlo Erasmo, en los últimos años de su vida, con ocasión de las insurrecciones campesinas de la Alemania meridional. Erasmo comprendió que este "amok" germánico, tenía causas mucho más profundas, que las muy simples (difusión de las escrituras sagradas en lengua vulgar, p. ej.), que algunos teóricos de su época pretendían atribuirle al fenómeno.

Erasmo, igualmente, puso de manera enfática al descubierto el cinismo e hipocresía de los príncipes, cuando atribuían a vagos e im-

¹²Erasmo, *La guerra es grata a los inexpertos*, ed. cit., p. 1056.

1960, p. 22.

¹³R. Ruyer, *La fatalité de la guerre*, Rev. "La Table Ronde", Sep.

¹⁴Erasmo, *La guerra es grata a los inexpertos*, ed. cit., p. 1055.

precisos determinismos (fatalidad, decreto divino) las causas de la guerra. Según él bajo esos determinismos aparentes sólo hay pasiones humanas.

Por encima de todas estas consideraciones sobre la guerra, y a propósito de ella, insiste Erasmo en el mensaje de paz del cristianismo y en el hondo sentido fraternal de la doctrina. Nada más alejado del espíritu del cristianismo que el frenesí bélico y la efusión de sangre. Y, sin embargo —recalca—, los propios príncipes de la Iglesia emprenden guerras y derraman sangre de cristianos. “Y a pesar de que saben —dice— que la guerra es una cosa tan cruel que más bien que a los hombres conviene a las fieras, tan insensata que los poetas la pintan como un engendro de las Furias, tan funesta que arrastra consigo la ruina completa de las costumbres, tan injusta que los mayores criminales son los que la hacen mejor, y tan impía que no guarda la menor relación con Cristo, los Papas, no obstante, lo descuidan todo para convertirla en su única ocupación”¹⁵. La última frase es una clara alusión a Julio II, el belicoso pontífice, que inspirara al gran humanista holandés su virulento panfleto “Julius Exclusus”, aun cuando la paternidad de este escrito es discutida hasta hoy. Para Erasmo las causas de la intervención pontificia en las guerras peninsulares, eran las posesiones territoriales del Papado. Pero si él enumera a justo título los excesos y las prácticas contrarias al ideal cristiano de la corte romana de la época, no se da cuenta, sin embargo, de que las necesidades políticas de la época, obligaban a los Papas a asentar su autoridad sobre los sólidos fundamentos de un Estado. Era necesario que el Papa pudiese oponer al despotismo de los reyes la barrera de una frontera. Era necesario que estuviese premunido de suficiente fuerza, como para disuadir a cualquier soberano ambicioso de intentar una agresión destinada a sojuzgar al Estado pontificio. Esto sólo podía resolverlo la restauración del poderío del patrimonio de San Pedro.

Erasmo abomina de las guerras entre cristianos. El tiene conciencia de la unidad cultural de Occidente sobre la base del cristianismo. Y en este Occidente cristiano, la paz es la condición “sine qua non” de su progreso. Renaudet (“*Etudes Erasmiennes*”) ha señalado con acierto la similitud que existe, en este sentido, entre el pensamiento de nuestro humanista y el de Dante. Erasmo, como Dante, piensa que las obras de la inteligencia y de la razón postulan la paz universal. “Dado que la característica especial del hombre es la razón, el fin o función de la especie es realizar una vida racional, y esto sólo es

¹⁵Erasmo, *Elogio de la Locura*, ed. Aguilar, Madrid, 1959, pág. 356

posible si hay una paz universal, que es la mejor de las cosas para la felicidad humana y un medio necesario para el fin último del hombre" (Dante: "De Monarquía" lib. 1). Ambos, tanto Dante como Erasmo, invocan a la vez el Evangelio y la razón. Pero discrepan en un punto. Erasmo se limita a desear una reconciliación fraterna entre los pueblos. Dante funda sobre la necesidad de una comunidad y una paz universal, la necesidad de un juez supremo colocado por encima de las ambiciones y rivalidades de los soberanos, capaz de juzgar las disputas entre reyes y príncipes, papel que atribuye al Emperador. Roma, según él, estaba destinada por la Providencia a gobernar al mundo. "Ese pueblo santo, piadoso y glorioso, parece haber descuidado sus propios intereses, para procurar la salud pública del género humano" (Dante: "De Monarquía", lib. 11, c. v). Pero Erasmo no comulga con esta adhesión de Dante a la supremacía política imperial. Para él los emperadores romanos sólo eran tiranos; y como tal, estaban absolutamente al margen de su concepción del príncipe como gobernante sujeto a derecho y a normas éticas. Sería absurdo tratar de restablecer la monarquía universal. Cada país tiene suficiente con su príncipe ¿qué necesidad tiene, por lo tanto, de un doble despotismo?

La insistencia de Erasmo en el evangelismo cristiano, como medio de afianzar la paz en Europa, alcanza límites dramáticos. Siente íntimamente y con indecible dolor, el carácter fratricida de las luchas entre Estados cristianos. Compara esta situación con la de los griegos, citando al efecto a Platón, quien consideraba la guerra de griegos contra griegos como "sedición". "¡Qué espectáculo para los infieles —exclama— estas feroces disensiones entre cristianos!" ¡Cómo deben reír los Turcos de estos adversarios desunidos y de su doctrina muerta! Para Erasmo, las victorias otomanas son un castigo de Dios, por los vicios, pecados y excesos de los propios cristianos. "A nuestros vicios deben sus victorias... somos unos turcos que luchamos con los turcos"¹⁶. Los cristianos son así culpables del pecado de "hybris" y como tal merecen el castigo que la tragedia griega reserva para los que incurren en él. Coetáneamente el gran erasmista español y secretario imperial, Alfonso de Valdés, presentaba el terrible "saco di Roma" por las tropas imperiales (1527) como un castigo de la divinidad, castigo merecido por la Sede romana, la nueva Babilonia, antro de pecado, corrupción y paganismo ("Diálogo de Lactancio y el Arce-diano").

Erasmo reitera su llamado a los príncipes cristianos para que de-

¹⁶Erasmo, *Consulta sobre la declaración de guerra al Turco*, ed. cit., p. 1006

pongan sus rivalidades y en nombre del bien común y del evangelismo cristiano, proscriban ese azote de los Estados, que es la guerra. Los beneficios que la paz reporta justifican todos los sacrificios que se hagan por ella (p. ej.: comprar la paz, soslayar injurias, ceder territorios con dudosos títulos de dominio, etc.). “Es preferible —dice— una paz inicua que la más justa de las guerras”¹⁷.

Erasmo tiene conciencia del círculo vicioso de la guerra. “Estamos viendo guerras que nacen de guerras, luchas que suceden a luchas, y no hay término ni fin de apaciguar la polvareda bélica... ¿qué engendra la guerra, sino guerra?”¹⁸. Raymond Ruyer nos amplía y explica la reflexión anterior, diciendo: “Chaque guerre laisse une séquelle d’institutions militaires ou de constructions diplomatiques qui à leur tour relancent la prochaine guerre. La guerre... crée secondairement une foule d’institutions consistantes et permanentes, toujours prêtes a la réactiver”¹⁹. Entre estas instituciones, cita Ruyer a los soldados de oficio, a los ejércitos permanentes. Los ejércitos permanentes —bien sabemos— son creación de la época moderna. Su sola presencia crea entre los Estados un clima de desconfianza extrema, algo así como el “miedo de Hobbes” de que habla Butterfield, y que desde luego no resulta particularmente apto para el mantenimiento de la paz²⁰.

Pierre Mesnard, en el sutil ensayo que dedica a Erasmo en “L’essor de la philosophie politique au xvi siècle”, distingue en los planteamientos del gran humanista diversas normas adecuadas para prevenir el fenómeno de la guerra. Son ellas: estabilizar el estatuto territorial de Europa, fijar el orden de sucesión dinástica a fin de evitar toda pugna entre candidatos; quitar a los príncipes el derecho de declarar la guerra de propia iniciativa, movilizar en favor de la paz todas las fuerzas morales, desarmar los antagonismos nacionales y organizar el arbitraje.

Estos dos últimos merecen un comentario especial. Hemos visto ya, cómo Erasmo captó la fuerza de ese fenómeno que, esbozado en su época, iba a adquirir tremenda fuerza en siglos posteriores a través de las revoluciones inglesa y francesa. “Ahora, hablando en general —escribe—, el inglés odia al francés, no por otro motivo sino porque

¹⁷Erasmo, *Carta a Francisco I de Francia*, dedicándole la “Paráfrasis del Evangelio de San Marcos”, ed. cit., p. 1198.

¹⁸Erasmo, *Educación del Príncipe Cristiano*, ed. cit., p. 344.

¹⁹R. Ruyer, *La fatalité de la guerre*, Rev. “La Table Ronde”, Sep. 1960, p. 23.

²⁰H. Butterfield, *El Cristianismo y la Historia*, B. Aires 1957, p. 99.

es francés; y el inglés al escocés, sólo por ser escocés, al alemán el italiano, al helvético el suevo, y lo mismo pasa con los restantes. Una comarca no puede ver a otra comarca, una ciudad a otra ciudad. ¿Por qué razón estos nombres sin importancia nos separan más que no nos une el común adjetivo de cristianos?"²¹.

"En otro tiempo —reitera— el Rhin separaba franceses y alemanes, pero el Rhin no puede separar al cristiano del cristiano"²². Así, afirma Erasmo, la unidad esencial y profunda del Occidente cristiano. Por encima de los límites geográficos, lingüísticos y raciales, Occidente constituye una sola unidad cultural, con un denominador común que es el cristianismo. Y cristianismo es paz, justicia, caridad. Por eso —recalca Erasmo— es abominable y demencial la guerra entre Estados unidos por una sola doctrina, la doctrina de Cristo. Fruto de esta convicción, fruto de este pacifismo evangélico, es una idea muy cara al humanista de Rotterdam: la idea del arbitraje. "Hay en el mundo —expresa— tantos obispos eruditos, tantos abates venerables, tantos nobles distinguidos, que se imponen por su edad, y cuya prudencia en todo asunto es notable; hay, en fin, consejos, senados instituidos no sin ningún objeto por nuestros ancestros. ¿Por qué los príncipes no recurren a ellos, sobre todo a su arbitraje, para arreglar las menores diferencias que se susciten entre ellos?"²³. Así se evitarían los numerosos tratados, tratados inútiles entre príncipes verdaderamente cristianos y que en manos de los maquiavélicos soberanos de la época, constituían instrumento de guerra a través de la interesada y torcida interpretación de alguno de sus artículos. El recurso del arbitraje —por el cual clama Erasmo—, ha tenido un éxito bastante relativo en los siglos posteriores. Ha sido incapaz de resolver conflictos entre grandes potencias, demostrando su efectividad sólo en el caso de Estados de secundaria jerarquía. No obstante, la idea de recurrir a una entidad superior, a una instancia supraestatal, para resolver los conflictos entre las naciones —tal como aparece esbozada en las palabras de Erasmo antes citadas—, representa una fórmula positiva que, una vez perfeccionada, puede rendir frutos muy valiosos. Ha sido el sistema puesto en práctica por nuestro mundo contemporáneo, después de la conflagración mundial del 14-18, fracasando, sin embargo, lastimosamente, para desembocar, como consecuencia de dicho fracaso, en la hecatombe infinitamente peor del 39-45.

La última tragedia universal, empujó a la humanidad a insistir

²¹Erasmo, *Educación del Príncipe Cristiano*, ed. cit., p. 345. cit., p. 988.

²²Erasmo, *Querella de la Paz*, ed. cit., p. 1053.

²³Erasmo, *La guerra es grata a los inexpertos*, ed. cit., p. 1053.

en el remedio ya ensayado. Es nuestra segunda oportunidad “¿La aprovecharemos? —se pregunta Toynbee. Lo que la situación evidentemente exige —escribe— es una asociación voluntaria de los pueblos amantes de la paz, con suficiente fuerza y cohesión para que no puedan ser atacados por ninguno que rechace su pacto de seguridad colectiva o lo rompa; y ese poder mundial de preservación de la paz, debe no sólo ser suficientemente preponderante en su fuerza para convertir en desesperado cualquier ataque contra él; debe también ser suficientemente justo y sabio en el uso de su fuerza para impedir que surja ningún serio deseo de desafiar su autoridad”²⁴.

Maritain va más lejos aún, al abogar por un sistema de gobierno mundial como único medio de conseguir una paz perdurable. Basándose en los lineamientos fundamentales de la filosofía política tomista, sostiene Maritain que, “la autosuficiencia (no total, sino relativa) es la propiedad esencial de la sociedad perfecta, que es a su vez la meta hacia la cual tiende la evolución de las formas políticas humanas; y el primer bien garantizado por una sociedad perfecta —un bien que se consustancia con su vida y su unidad— es la paz interna y externa. Como resultado, cuando una forma particular de sociedad, como la ciudad, no puede lograr esa autosuficiencia, o sea, bastarse a sí misma, ni alcanzar la paz, ha dejado de ser una sociedad perfecta y pasa a serlo otra en su lugar, como por ejemplo, el reino. Por tanto, estamos autorizados a concluir, siguiendo la misma línea de razonamiento, que cuando los reinos, naciones o estados no pueden alcanzar la paz ni bastarse a sí mismos, es que han dejado de ser sociedades perfectas, y es otra más amplia, definida por su capacidad para alcanzar la paz y la autosuficiencia —la comunidad internacional políticamente organizada— la que se ha convertido en una sociedad perfecta”²⁵. Dicho gobierno mundial deberá disponer de los poderes propios de un Estado —ejecutivo, legislativo y judicial— con la fuerza coactiva necesaria para imponer la ley, y deberá respetar, además, las libertades esenciales para el bien común de la sociedad. Por otro lado, en la sociedad perfecta en referencia, los estados particulares tendrán que renunciar a su independencia plena; naturalmente mucho más en su esfera exterior que en la interior. “El problema del gobierno mundial —agrega Maritain— es el de la paz duradera. Y en cierto sentido podemos decir que el problema de la paz duradera es sencillamente el problema de la paz, o sea, que la humanidad se halla actual-

²⁴Toynbee, *Guerra y Civilización* (prefacio), B. Aires, 1952.

²⁵Maritain, *El Hombre y el Estado*, B. Aires, 1952, pp. 223-224.

mente ante esta alternativa: o una paz duradera o un grave riesgo de destrucción total"²⁹. La alternativa señalada por Maritain resulta en verdad ineludible, pues las nuevas armas que la técnica contemporánea ha proporcionado al hombre han puesto en sus manos los medios de aniquilar la vida en el planeta. Ya Erasmo en el siglo xvi se dolía de esas guerras que hacían llorar no sólo a los vencidos, sino a los propios vencedores, ante la evidencia y magnitud de las heridas recibidas. Pero es seguro que el gran humanista jamás pudo prever la infinita capacidad de destrucción de que estaría dotado el hombre cuatro siglos después. Y si pudiera resucitar, evidentemente consideraría que nuestro mundo se ha convertido en el símbolo de la locura, ante las mutuas amenazas de destrucción total que periódicamente se lanzan los dos grandes del siglo xx.

La guerra y la destrucción están suspendidas como espada de Damocles sobre la comunidad internacional de nuestros días. Los mecanismos precautorios adoptados por los dos grandes bloques rivales, en que se ha escindido nuestro mundo, hacen temer que el desastre pueda ocurrir en cualquier instante. Un simple accidente, una equivocación fatal, pueden desencadenar automáticamente un ataque masivo de represalia, y envolver así al mundo entero en una conflagración suicida. Es muy posible que esto no ocurra, es decir, que no lleguen a emplearse estas armas de destrucción total, pues es evidente que ello significaría la aniquilación de agredidos y agresores. Así tendríamos la extraña paradoja, de que los instrumentos de destrucción más horripilantes que haya creado la inventiva humana vendrían a ser la mejor garantía de la paz. Pero ello no descarta el empleo de las armas convencionales; las mismas que demostraron su letal eficacia en la última guerra general y en los conflictos localizados de la postguerra. De ahí que el mecanismo de preservación de la paz concretizado en la ONU tenga para nosotros una importancia vital. De ahí que las reflexiones de grandes pensadores de nuestra época —como los citados Toynbee y Maritain por ejemplo—, tengan eminente valor y significación; pues, ¿quién podría descartar que los “tiempos revueltos” que caracterizan la presente etapa de la historia, no van a desembocar en un futuro imprevisible, en alguna especie de Estado universal? La interrogante tiene una tremenda fuerza de sugestión, y resulta difícil desalojarla de nuestro angustiado pensamiento, en este angustiado tiempo en que vivimos. No obstante, para que el postulado de Toynbee, y el de Maritain, lleguen a cristalizar en un devenir próximo o lejano, es menester que un nuevo espíritu, un nuevo espí-

²⁹Maritain, *El Hombre y el Estado*, B. Aires, 1952, p. 214

ritu hecho de sinceridad, tolerancia, dignificación del hombre, respeto a los derechos humanos, solidaridad con los que sufren, proscripción de toda política de poder, respeto a las normas éticas y jurídicas, aflore en las minorías creadoras, en las minorías dirigentes, y, en forma muy especial, en los elementos rectores de los grandes Estados de nuestra época. Este nuevo espíritu es condición previa para la conquista de la paz, el anhelo más alto del hombre contemporáneo. El preparará el camino a la "sociedad perfecta" del porvenir. Cabe preguntarse al respecto ¿está este nuevo espíritu —con todas las características citadas antes involucradas en él—, está muy alejado del evangelismo político preconizado hace cuatro siglos por Erasmo? ¿Está muy alejado de su incitación a los príncipes para que regulen su política interna y externa por los valores de la filosofía cristiana? Creemos que no. Creemos que si los elementos directivos de los Estados poderosos sujetaran su acción a normas de derecho y al imperativo ineludible del bien común; que si respetaran como sagrados los derechos humanos y la autodeterminación de los pueblos, y renunciaran a toda política agresiva, se habría dado un paso decisivo —en las actuales condiciones de nuestro atormentado mundo— hacia la consecución de una paz duradera. Si vemos que los dos grandes de nuestro siglo tienden su mano a las naciones subdesarrolladas para mejorar su condición y elevar sus niveles de vida, es pertinente preguntarse ¿por qué no procuran al mismo tiempo —con sinceridad y sin hipocresías— alejar el fantasma de la guerra, de la guerra que es justamente la negación de todos esos buenos deseos? En sus manos está el hacerlo, y en ellas nuestro destino.